

DIRECCION:

Calle de Velázquez, núm. 106.
Teléfono núm. 55119.

ADMINISTRACION:

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.
Teléfono núm. 90545.

20 céntimos

Criterio

Revista semanal de orientación política y literaria



SUSCRIPCIONES

ESPAÑA:

Trimestre, 2,75 ptas.; año, 10,00 ptas.

PORTUGAL Y AMERICA:

Semestre, 8,00 ptas.; año, 15,00 ptas.

OTROS PAISES:

Semestre, 16,00 ptas.; año, 32,00 ptas.

EL ULTIMO GRITO

Muera la libertad, viva la República

por FABIO

«¿Ois? Es el cañón...» Así empezaba una de sus más cursileras poesías Espronceda, aquel prototipo de lo que Brolingbroke llamaba casta especial, que tiene el privilegio de volverse loca abusando de su talento: «gens ratiōne furens»...

«¿Ois?... Es la burra de Balaan que habla, parodiarnos nosotros.

No hay ofensa personal para nadie. Sólo queremos decir que quien ha proferido esa voz: «Muera la libertad, viva la República», no conoce la transcendencia de la verdad que ha dicho. No sabe que ha expresado el paradero y cañonazo final de la «civilización moderna», al arribar a sus playas y quitarse la máscara, ya inútil, para quedarse en su salvaje nudismo casero.

Paráfrasis espontánea de ese grito:

«Muera la libertad, que hasta aquí hemos predicado para engañar a idiotas, con cuyo concurso hemos logrado, al fin—¡más de una centuria de sangriento carnaval!—, levantar sobre el tablado de una farsa electoral la guillotina de la libertad con el nombre de República. Ahí va al cesto de las democracias y de los demás papeles la cabeza de la libertad guillotínada...»

Por nuestra parte ya tenemos dicho que este exclusivismo, tan en contradicción con la lógica liberal, tiene su entronque en la lógica natural, que hace a la razón naturalmente exclusivista de todo lo que ella no tiene por verdadero. Mal empleada estará esta lógica por esas gentes que, mientras predicaban libertad para todos, por el camino del exclusivismo van a la unidad republicana unos, a la unidad socialista otros, a la unidad comunista otros, a la unidad de su opinión todos. Y, a cada paso que dan por ese camino, dan un golpe en la nuca a los que todavía se horrorizan hasta del nombre de unidad católica y de exclusivismo para la verdad frente al exclusivismo para el error y frente a la unidad en la mentira...

En el pensar empieza la vida racional del hombre. El pensamiento es la savia de esta vida. La memoria es el archivo del pensamiento; la voluntad es el impulso del alma hacia el pensamiento; la palabra es la encarnación del pensamiento en el sonido; la mirada es la efusión visible del pensamiento; las acciones son ejecuciones del pensamiento. Todos los modos de nuestra actividad son vibraciones de la luz del pensamiento, que tonifica el fin, ordena los medios y da la voz de mando a las facultades ejecutrices...

Si el pensamiento es puro, si es noble el pensamiento, puro es el recuerdo, puro el amor, nobles y puras las palabras y las acciones; y al contrario si el pensamiento es inmoral y corrompido. ¡Savia esta que riega el árbol de nuestra vida racional y que por donde pasa va comunicando sus propiedades.

De ahí la insistencia con que la moral cristiana pide la mayor solicitud y cuidado en la ilustración, en la educación, en la lectura, en el estudio, en el libro, en el periódico, en los espectáculos, en todo aquello de donde vienen a nosotros del mundo exterior los materiales de que ha de formarse el pensamiento.

Pues por aquí empieza la civilización moderna la reforma de la vida humana: por la libertad del pensamiento, para dar licencia al veneno y al lodo, corromper la savia del pensamiento y podrir todo el árbol de la vida social.

Fuera de esto no se sabe a punto fijo lo que quiere decir en la civilización moderna libertad de pensamiento. Porque, sabido es, ¡ay del que no piense como ella!

Pero ¿piensa ella? ¿Piensan sus secuaces?... Lo único cierto es que quien

quiera libertad de pensamiento ha de pensar como ella dice pensar; y dentro de ella ha de afiliarse a un partido... Dicen autores extranjeros que el que dentro de la civilización moderna no está afiliado a un partido corre suerte más triste que el indio que no pertenece a casta ninguna dentro de su país. ¿Qué diríamos de España?

Tiene que afiliarse a un partido y sujetarse a su disciplina, esto es, al pensamiento que le da su periódico, o su minoría o su mayoría parlamentaria... ¿Pensarán entonces los cabecillas de los partidos?... Tampoco. A esos les dan ya hecho el pensamiento las constituciones extranjeras, las logias extranjeras, los periódicos extranjeros... Pues entonces, ¿quién piensa aquí?... ¿Qué es esto de libertad de pensamiento en la civilización moderna?... Aquí piensan unos cuantos que manejan el internacionalismo republicano, y el internacionalismo socialista, y el internacionalismo comunista, y todos los internacionalismos, desde los supremos baluartes del internacionalismo financiero... Los amos del mundo moderno, directores natos de la civilización moderna: los judíos.

Los demás tienen el pensamiento (prescindiendo ahora del quehacer de los enchufes) ocioso, libre, enteramente libre, en una holganza, como diría Weiss, más feliz que Tannhauser en la gruta azul del monte de Venus...

Estrangulada así la libertad del pensamiento por la civilización moderna, pauta de las demás libertades, no es mucho que las demás libertades se estrangulen. Pero se disimulaban con la hipocresía de la libertad semejantes



—«Mia» que es listo el Gobierno. Vaya un modo de resolver que no estemos paraos. «Ahura» nos metemos en el tren y hasta «la» fin del mundo, sin «necesidad» de billetes.
—Pero, ¿no nos sacarán de mala manera?
—«Tí» dicho el Gobierno que «na» de revisionismos.

estrangulamientos: se seguía pregando la libertad. Hasta que llegó la hora de sacudir la molesta piel de culto, y asomó el tigre rugiendo muera la libertad y viva la República, incompatible con la libertad... Ya lo sabíamos. Y lo repetíamos. Pero no teníamos manera de meter esto en ciertas cervices... Mas ¿qué hacemos ahora con unas

ideas que nos predicaba el señor Azcárate, copiándolas, por supuesto, de obras extranjeras, porque también era librepensador?

Nos decía Azcárate que el fondo de la civilización moderna es una lucha entre la autoridad y la libertad... Vaciedad insigne suponer la libertad en lucha con la autoridad, que es cabalmente su luz, su guía, su garantía, su seguridad.

En lucha la autoridad con la libertad, cada triunfo de la libertad sobre la autoridad es un paso en el camino del progreso, cuyo término y remate es la victoria definitiva de la libertad sobre la autoridad. Sic ille.

Cuando creíamos arribar a ese término y remate, a ese triunfo definitivo, nos refriegan por los ojos la partida de defunción de la libertad, que ha muerto a manos de... ¿la autoridad?... No...

La partida de defunción de la libertad es también la partida de defunción de la autoridad. No puede haber autoridad donde no hay libertad. La autoridad es para seres humanos, para seres libres. Donde no hay seres libres no hay sociedad. Hay manada, plaza, jauría, y en vez de autoridad sólo hay una especie de caudillaje del más bruto.

La civilización moderna, manejada por los amos de todos los internacionalismos, puso en lucha la libertad con la autoridad (que es como poner en lucha los ojos con la luz que con ella ven), muy convencida de que cuando la libertad y la autoridad entran en lucha—la verdadera autoridad y la libertad verdadera—las dos sucumben; los pueblos se sumen en la oscuridad de su ruina, y es entonces la hora de entrar a saco en los pueblos todo lo que se oculta detrás de la pantalla de la civilización moderna.

Versos del momento

Por M. de P.

Romancillo

Mientras el Conde-Duque
pide al rey la España
perla bailadora
solázame y baila.
(Comedia nueva.)

Mientras poco a poco
se consume España,
¿cómo consolarnos
las dolientes almas?

Pasaron las glorias,
vino la desgracia;
nuestra propia historia
parece patraña.

Y luego ¡qué cosas
suceden más raras!
Las grandes mentiras
por verdades pasan.

La cárcel que, hermetica,
retiene a Albiñana,
para muchos otros
es tela de araña.

En vez de rey, dietas
piden ciertas ranas;
y ponen los cueros
en nidos de águilas.

Monipodio viste
hoy de americana
y en su antiguo patio
tiene escuela laica.

Cierta frase obligan
a quitar de un drama
que un ministro juzga
mal intencionada.

En cambio tenemos
que aguantar con náuseas
la calumniadora
comedia de Ayala.

Los revisionistas,
con razones, tratan
de mejorar leyes
que reputan malas.

Mientras las salvajes
socialistas masas
brutalmente intentan
borrarlos del mapa.

¡Pobre Conde-Duque!
Tú perdiste a España;
mas luego hemos visto
que resucitaba.

Pero hoy, ¿quién espera
verla otra vez sana
con tanto microbio
dispuesto a matarla?

Perla bailadora,
tu baile y tu gracia
hoy no nos mitigan
las desdichas patrias.

Letrillas

Públicas vestales,
nuevos puritanos,
contagiarse temen
si sostienen trato,
con quien, según ellos,
incurrió en pecado.

¡Vive Dios!—Es cómodo
y a la vez risible
reprender a otros
siendo reprehensible.
Yo, con todos ellos
soy incompatible.

Vuestros vestiduras,
¡ay!, tan poco clásicas
no son a propósito
para ser rasgadas.
¡Como que son recias
telas catalanas!

Señores Tartufos,
sois indefendibles
queriendo mostraros
Catonos sensibles.
Con todos vosotros
soy incompatible.

No estáis fabricando
la Constitución
que demanda ansiosa
de la nación.
Sois sólo una copia
de la Convención.

Ea, vamos, cállense.
Resultado insufrible
tanto vano anhelo
de ser infalibles.
Siempre con vosotros
seré incompatible.

En los periódicos,
¿lo habéis leído?
A muchos hombres
dió ejemplo un niño.

En el teatro
Beatriz protesta
y varias veces
le echan afuera.

Y varias veces,
con gran ahínco,
volvió a entrar dentro,
¡chócala, chico!

En esta España
de hombres a medias
en que es un lujo
tener vergüenza.

Tú diste ejemplo,
¡caso inaudito!,
de ser ya un hombre
siendo aún tan niño.

Alma, consuélate
de tantos males;
del arco iris
hay ya señales.

Con muchos hombres
como este niño
se salva España:
¡chócala, chico!

VITRINA

por Tristán de MARTIARTU

LAS LIBERTADES
DE LA CATEDRA

El profesor es de edad media, pero completamente de la presente época. El color, quebrado; el gesto, quebrado; los ojos, grandes y almendrados; la voz, de falsete, y toda la expresión echando humo de delirante vanidad.

Se ocupa de preguntar a un alumno y, para poner un caso práctico, comienza a plantear los siguientes términos:

—Supongamos que su hermana es una perdida...

El alumno se enciende al rojo súbitamente; durante un segundo se le cierran los ojos, y al abrirlos, como recordado, alega, interrumpiendo al catedrático:

—Invierta usted el caso: supongamos que su madre de usted es una perdida.

El profesor baja ligeramente el livido de su rostro y ordena:

—Salga usted inmediatamente de la clase.

—Sin pérdida de momento y para verle a usted luego, cuando salga.

Atropelladamente continúa poco más la clase. A la salida, todos los escolares felicitan y abrazan al alumno, que espera.

Al catedrático no se le ve salir.

OTRO BOTON

El profesor.—Va a explicarnos esta lección la señorita N.

La señorita nombrada, sin ponerse en pie, exclama airadamente: Carece usted de toda delicadeza. Ese tema no es propio para que lo explique una señorita, y menos ante cerca de la centena de muchachos. Yo no explico eso.

El concurso escolar apoya la actitud de su compañera con manifiesta decisión.

UN DIAGNOSTICO MAS

Mariañín ha hecho declaraciones.

Concretamos: no como eminencia médica; ni como novelista traductor; ni como poeta truculento; ni como ateneista retirado; ni como abogado defensor; ni como patrono de instituciones sociales; ni como catedrático sin exposición; ni como diputado tático.

No; las ha hecho como político de importancia internacional.

Y el dictamen o diagnóstico es admirable.

—La República española está tan sólidamente consolidada que debía permitirse el lujo de ser generosa.

Admirable, admirable.

Por de pronto está probada una generosidad: la de quien pague esos reclamos... de importancia política internacional.

Porque eso, en Francia, no hay periódico que lo publique gratis.

El ocaso de los sofistas

por ALCIBIADES

Benavente está amargado y dice que se retira del teatro. Entre otras cosas, se duele de que le hayan obligado a quitar su frase alusiva a cierto personaje socialista, harto inocente (la frase, no el personaje), y en cambio permiten a Pérez de Ayala provocar protestas todos los días de los elementos justamente heridos en su más exquisita sensibilidad por los ataques calumniosos a la Compañía de Jesús. Pero don Jacinto no nos inspira piedad ni adhesión ninguna. Este verano, en San Sebastián, dijo que los socialistas se podían permitir el lujo de tener paciencia porque el porvenir era de ellos. Y si esto es así, ¿no van a serlo los teatros? ¿Qué desorientación, impropia de un hombre de tan alto ingenio! Poco antes del 14 de abril de este año, el buen público ovacionaba otra farsa suya contra el *dilettantismo* revolucionario de ciertos jóvenes. Ha escrito *Pepa Doncel* y *La Ciudad alegre y confiada*. Es un escéptico, no sólo de dogmas, sino de sentimientos. En su juventud dijo que era preciso hacerse un corazón con la cabeza, y durante treinta años ha hecho llorar y emocionarse con ternuras cerebrales a media España. Y, políticamente, no ha tenido el gesto sublime de sacrificar aristazas agudas y rebeldías falaces de su despierto ingenio en aras del triunfo de esas grandes ideas religiosas y patrióticas, únicos medios para contener a la revolución. Vaya con Dios ese gran desorientador desorientado. A nosotros nos hacen falta espíritus firmes y activos, que se crean casi infalibles. Almas que cuando sientan bullir en ellas una verdad enervante o demoledora, la repudien como error funesto. El tiempo de los *dilettanti* de ideas ha pasado. Frente al bloque de cemento socialista es necesario otro bloque tan fuerte, pero animado por una noble espiritualidad: la católica y la española neta.

Ortega y Gasset, el filósofo, no el energúmeno, se duele, como tantos y tantos espíritus selectos, de que esta república no es la suya. El quería, por lo visto, una en que los catedráticos de Filosofía fuesen rectores y consejeros de las masas obedientes y comprensivas; él quería una república de razonadores y teorizantes, libre de la influencia católica, de la plutocracia, del militarismo, de la demagogia... Aunque parezca mentira, este ideal disparatado, semejante al que describe Horacio en su epístola a los Pisones, ha sido y es el de muchas gentes. Pero si nos explicamos que un obrero ignorante o uno de esos hombres numerosos de la clase burguesa, de horizontes limitados a sus negocios propios, piensen así, ¿cómo no asombrarnos de que espíritus críticos que han pretendido enjuiciar a la propia España como organismo, desbarren de ese modo y luego se llamen a engaño? Para estos hombres funestos que ponen un marchamo in-

Criterio

en adelante se publicará los DOMINGOS

telectual a la barbarie, ejerciendo un oficio de contrabandistas de la inteligencia, y luego se sorprenden de los frutos de ese árbol, pediríamos una pena ideal: la de inhabilitación para hablar o escribir nada relacionado con la política durante el resto de su vida. Que comenten a Kant o a Platón, pero no traten de embarcar a sus compatriotas en aventuras tan desventuradas como las presentes. Contrición y silencio. No hay otro remedio.

Era merecedor de la pena de muerte el monarca constitucional, se dice en una acusación formal. El Gobierno revolucionario le dejó marchar y amparó su persona, familia y bienes. El intermediario en la entrega del poder, sin que nadie lo impidiese, defiende ahora al monarca en un discurso que no interrumpen los jabalíes. Se vota la condena del monarca, se aclama al Gobierno que le amparó y se aplaude al politicastro que luego de haberle servido para la entrega le defiende.

Quedan juzgados dos regímenes, que, en sustancia, son idénticos: el patio de vecindad de los dimes y diretes de los partidos.

EN OTRAS TIERRAS

La democracia es el mal

por Eugenio VEGAS LATAPIE

Ante la imposibilidad legal de estudiar doctrinalmente con plena libertad los problemas actuales de la política española, voy a buscar para este artículo un tema ajeno a ella de tanta transcendencia, cual lo han sido las elecciones legislativas inglesas, que han apartado del poder al laborismo por cuatro años al menos.

¡Qué pueblo más admirable! ¡Qué educación política la de Inglaterra! Y como éstas, cien otras expresiones han fluido estos días en los labios de las personas llamadas de derecha y han llenado jubilosamente columnas de los periódicos del mismo matiz político. Incluso conozco persona que afortunadamente estaba perdiendo la fe en los principios democráticos ante la magna y dura lección de los acontecimientos, que, noticioso del triunfo conservador inglés, ha creído encontrar nuevos horizontes democráticos, aunque reconociendo y lamentando que no todos los pueblos tienen el grado de cultura política de Inglaterra.

Sin embargo, y aun a trueque de ser tachado de pesimista inoportuno, me creo en el caso de afirmar que las elecciones del día 27 del pasado mes no merecen que los conservadores y elementos de derecha echen las campanas a vuelo y envidien la suerte de Inglaterra, la que, de no cambiar radicalmente las actuales normas políticas democráticas que la rigen, camina rápidamente a su ruina y destrucción. ¡Pobre Inglaterra, exclamo yo, empobrecida y debilitada, que, viéndose amenazada de muerte por el laborismo, aún encuentra siete millones de partidarios que votan por que la comenzada destrucción se consuma! ¡Regimen absurdo que hoy aparta del poder a unos hombres que han puesto en peligro la vida del país, causándole daños inmensos, y les reserva la posibilidad de que, una vez que los nuevos gobernantes hayan reparado en lo posible los daños causados, puedan dentro de cuatro años volver a caer, como aves de presa, sobre el Estado para consumir quizá la ruina de la nación!

Las elecciones inglesas me han hecho meditar, una vez más, sobre la sustancial incompatibilidad de la democracia con la vida de los pueblos, sea la forma de gobierno de éstos republicana o llámese, aunque impropriadamente, monárquica. Las naciones, para cumplir sus fines, necesitan ser gobernadas, y ante esta primaria e indiscutible necesidad, recuerdo la frase muchas veces repetida y demostrada de Charles Benoist: "La más imposible de todas las imposibilidades es que la democracia sea jamás un gobierno. El dilema se impone. O la democracia; pero en ese caso no hay gobierno. O un gobierno; pero, entonces la..." (1). Y las elecciones inglesas hacen pensar que, a medida que la democracia va ganando en intensidad y pureza, la nación está siendo menos gobernada.

La gobernación de los pueblos, con el aumento de actividades que sin cesar se atribuye el Estado, es cada día de una complejidad técnica mayor. ¿Qué dificultad presenta la dirección de una industria o comercio, si se la compara con la del Estado? El Estado controla la industria fabril, y en su caso la protege arancelariamente; construye o fomenta el establecimiento de ferrocarriles, carreteras, líneas telefónicas y de comunicaciones marítimas o aéreas; tiene a su cargo y dirección la formidable armazón administrativa que facilita o entorpece la marcha normal de la vida nacional, según esté bien o mal reglado el organismo burocrático; dicta y hace cumplir leyes sobre defensa nacional, sanidad, enseñanza, comercio internacional, contratos del trabajo, propiedad rústica y urbana... y sobre un sin fin de otras materias, algunas de una importancia tan vital como la tributaria, que según estén inspiradas o no en la capacidad impositiva del que ha de satisfacerla, puede determinar la asfixia de muchas industrias y actividades. En el caso de Inglaterra, estos problemas, comunes a los Estados modernos, se ven acrecentados con otros procedentes de la conservación y desarrollo de su inmenso imperio colonial y los derivados del Tratado de Versalles y posición internacional que ocupa. Si cada una de las materias enunciadas y sin enumerar presentan para su cumplimiento soluciones eminentemente técnicas, que requieren para su conocimiento grandes aptitudes y estudios, ¿qué dificultad podrá presentarse comparable con la dirección y perfeccionamiento de todos los servicios y actividades del Estado?

A este respecto, H. Spencer, siguiendo a Condorcet, escribía: "Ciertamente, entre las creencias monstruosas, una de las más monstruosas es aquella que sostiene que es preciso un largo aprendizaje para un simple oficio, el de zapatero, por ejemplo, y que la única cosa que no exige aprendizaje es el hacer leyes para una nación." El régimen democrático es una prima a la incompetencia.

Otro postulado aplicable a toda clase de empresas es el de la continuidad en el desarrollo de un proyecto, una vez elaborada con las máximas garantías de competencia.

La vida cotidiana confirma la verdad de este principio. Para las enfermedades de los individuos, una vez que el facultativo, y no el enfermo, aunque éste sea el primero y más interesado en curarse, ha conseguido hallar el adecuado plan curativo, es la continuidad en la aplicación del mismo quien determina la curación del paciente, y por el contrario, la discontinuidad en la aplicación del plan trazado determina que las enfermedades se conviertan en crónicas o acarreen la muerte.

Pues esto, que a guisa de ejemplo he citado con relación a las personas individuales, acontece con las personas jurídicas de cualquier clase, bien sean comerciales, in-

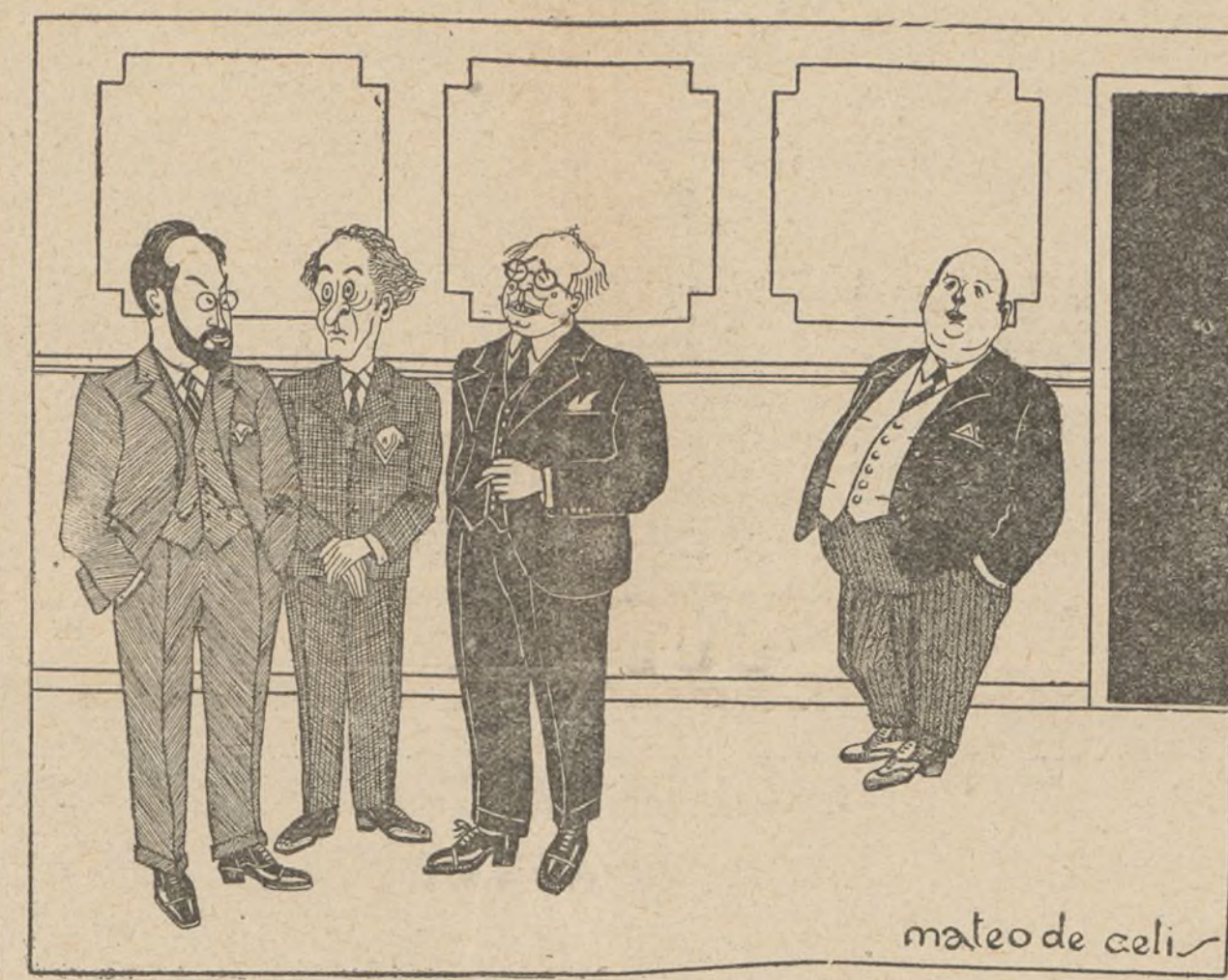
dustriales o políticas. El estado político ha de ser un estado continuado, aun perfeccionándose, y no una serie de estados consecutivos. No basta para salvar a un país que en el momento oportuno se reconozca y confiese el mal que padece y se encuentre el taumaturgo que se precisa, sino que es imprescindible dejarle actuar el tiempo necesario para el encauzamiento de los problemas mal enfocados, y una vez rectificados los errores no recaer en ellos, pues las recaídas suelen ser funestas, y, por consiguiente, debe proscribirse y hacer imposible la vuelta de los causantes del mal.

Aplicando el lector estas consideraciones de sentido común al caso de Inglaterra, se verá precisado a reconocer su poco envidiable situación política, si bien en un pueblo y momento dados pudiera aminorarse a guisa de mal menor.

El año 1923 suben los laboristas al poder, y con sólo comenzar a aplicar sus principios, lógica consecuencia de la democracia económica, ponen en grave peligro la salud pública. Ante la amenaza real del socialismo en las elecciones celebradas en la primavera de 1924 el partido laborista es arrojado del poder, subiendo en su lugar el partido conservador, con más de cuatrocientos diputados en una Cámara de seiscientos. Todavía recuerdo aproximadamente las titulares con que a toda plana saludaba, en 1924, la durante dos meses suspendida por orden del gobierno de la república "Gaceta del Norte", de Bilbao. "El fino instinto del pueblo inglés, en un admirable arranque, barre del poder al laborismo."

Cuatro años permanece el partido conservador al frente de los destinos de Inglaterra, manteniendo la economía nacional en una posición privilegiada, pero a los cuatro años nuevas elecciones, olvidando la crítica situación en que el laborismo colocó a Inglaterra el año 1924, vuelve a poner el poder en las manos de quienes cuatro años antes hubo que arrancárselo.

En 1928 Mac Donald sube al poder sin tener mayoría absoluta en la Cámara de los Comunes y, por tanto, sin fuerza bastante para implantar los principios socialistas en toda su pureza; pero bastó la porción de marxismo que consiguieron introducir, para originar la catástrofe financiera y económica que culminó en agosto de este año y puso de manifiesto, incluso a los profanos, un mal profundo de la economía inglesa debido, no a las personas, sino a los principios laboristas. No son las personas y los vicios de ellas, sino los errores, los que corrompen a los pueblos, decía clarivientemente Le Play hace más de setenta años. El mal de que adolece hoy el mundo entero no es imputable a la carencia de personas inteligentes y honradas, pues algunas han existido en tantos países como tiene la Tierra, sino a los absurdos regímenes políticos que padecen la casi totalidad de los pueblos. Mac Donald, presidente laborista del Consejo de Ministros inglés, dió la voz de alarma, y en la pugna establecida entre sus principios políticos y el interés público no dudó en sacrificar los primeros ante el supremo y verdaderamente soberano interés de la salud nacional. Algunos correligionarios de Mac Donald, aunque en escaso número, le han seguido en su noble gesto de arrepentimiento, y para reparar en lo posible los daños por ellos causados en tres años de gobierno, se unieron a un sector de los liberales y a los conservadores, formando el bloque nacional que acaba de triunfar en los comicios tan ruidosamente. De 21 millones de votantes, 14 millones se pronunciaron por el partido conservador y sus aliados, y siete por los laboristas. Lógicamente el resultado, traducido en puestos en la Cámara, había de ser 400 puestos para los conservadores y aliados, y 200 para los laboristas, pero la imperfección del régimen electoral inglés no permite que el sufragio universal o mentira universal, como le llamó Pío IX, dé por resultados mentiras proporcionales. De todas formas los laboristas no pueden quejarse del resultado obtenido, pues no obstante el fracaso absoluto de sus doctrinas, en los tres años en que atenua-



EL COMplot MONARQUICO, por MATEO DE CELIS
AZANA.—...fracasó por fortuna, pero no nos confiemos porque tengo el presentimiento de que se acerca algo gordo.

damente han sido aplicadas, haciendo cernirse sobre Inglaterra una perspectiva de ruina y miseria, aún han obtenido siete millones de votos. Bastará, pues, un desplazamiento de tres millones y medio de votos, o aún menos, si parte de la masa electoral no viendo al lobo delante de ella se abstiene, para que dentro de cuatro años pueda el laborismo volver a seguir destruyendo lo que ahora aún han dejado y lo que a fuerza de sacrificios logre reparar el gobierno conservador en estos cuatro años de intervalo.

Este mismo temor de que la democracia siga causando estragos sustenta León Daudet al escribir: "Ved aquí, de todas maneras, al socialismo de la Internacional número II (Henderson, Blum, los dos Thomas, el del Vaticano y Ginebra y el de Londres, Vandervelde y Compañía), tocados en la línea de flotación. Se levantará, puede ser, con esta hidra de la Ignorancia (con una I grande) que es el régimen electivo."

Sólo un camino de salvación tiene Inglaterra frente al abismo a que va arrastrada por el régimen democrático y es que sus clases directoras reconozcan que la salud e intereses del pueblo inglés exigen soluciones verdaderas, que no se determinan por lo que opine la mayoría de sus habitantes. El número de necios decía la Biblia que era infinito, y de entonces acá parece que aun han aumentado en número, no obstante la imposibilidad matemática. Es preciso que se infiltre en las clases gobernantes de la Gran Bretaña el axioma de que su misión no es obrar al dictado de lo que digan las mayorías (mayorías que un día sentenciaron a muerte al Salvador del mundo), sino el orientarlas, conducir las, y si es preciso, para bien de ellas, oponerse a sus insensatos propósitos. Las naciones, como los individuos, no tienen derecho al suicidio, aunque lo busquen entre canciones, regocijos y banderolas.

La crítica del régimen democrático que Inglaterra padece, atemperado en algo por el escrutinio de monarquía, por ser peculiar de esta institución inglesa el hacer el bien, incluso sin querer, ha sido desfavorable en todas las épocas, y frente a él se yergue la magnífica construcción del Estado Moderno antidemocrático.

"Es imposible, decía Séneca, que quien ama la virtud sea amado por el pueblo."

"La conservación de un régimen popular, escribe Bodin, consiste en colocar en los oficios y beneficios a los más viciosos y a los más indignos."

George Dohme, comentando éste y otros textos en su recomendable obra "Le Nombre et l'Opinion Publique", dice así: "Sólo hay un caso en que la elección no da necesariamente lo peor, y es cuando se hace pagar por el más rico. Únicamente porque nuestros electores son muy sensibiles al dinero es por lo que nuestras asambleas no están compuestas enteramente por imbéciles o granujas. En la medida en que puede venir a parar en una apariencia de gobierno, el sistema electivo no realiza jamás sino una argyrocracia." (Obra citada, página 23.)

Y para concluir sólo recordaré, entre cien citas, que en contra del régimen político de que Inglaterra adolece pudiera añadir, reservándolas para otros escritos, la siguiente, que tomo de la obra del conocido pensador belga Maurice de Maeterlinck "La vida de los termites", en la página 147 de su edición española. Dice así: "No tenemos ejemplo en nuestros anales de que una república realmente democrática haya durado más de algunos años sin descomponerse y desaparecer por la derrota o la tiranía, porque nuestras multitudes tienen en política la nariz del perro, que no gusta más que de malos olores. No escogen más que los menos buenos y su olfato es casi infalible."

La claridad y realidad de los peligros expuestos, atacados fructuosamente en el terreno doctrinal por las primeras mentalidades independientes del mundo entero, creo ya han sido apreciados en Inglaterra, siendo probable que antes de mucho se comience una cruzada contra el régimen democrático, que por el principio de la igualdad económica les lleva al socialismo y con ello a la ruina de la nación y por ende a la de sus habitantes.

Pero no olviden los organizadores de todo movimiento antisocialista que la solución del conflicto, que en unas naciones amenaza y en otras ya ha estallado, no puede consistir en restaurar el régimen político-social del siglo XIX, que la Revolución francesa nos legó. Los siguientes párrafos del áureo libro del escritor ruso Nicolás Berdiaeff, titulado "Un nouveau mouvement age", me parecen dignos de ser debidamente meditados por quien estas líneas leyerse: "Wladimir Solovieff decía que para vencer al socialismo se precisaba haber discernido su verdad. No se puede luchar contra el socialismo con 'ideas burguesas', y no se le puede oponer la sociedad capitalista, burguesa y democrática de los siglos XIX y XX. Es la sociedad burguesa la que ha engendrado el socialismo, y ella es quien le ha traído. El socialismo es la carne de la carne y la sangre de la sangre del capitalismo. Se encuentran en un mismo y solo terreno; es un solo y mismo espíritu o mejor dicho una sola y misma negación del espíritu quien los anima. El socialismo ha heredado el ateísmo de la sociedad burguesa y capitalista del siglo XIX, la más atea en verdad que la historia ha conocido."

En otro lugar de esa misma obra dice Berdiaeff las expresiones siguientes, que transcribo a guisa de final de estas consideraciones.

"La apostasia de su fe cristiana, el abandono de los principios espirituales y de los fines espirituales de la vida, deben necesariamente conducir después del estado capitalista, al estado socialista. O en otro caso, es preciso comenzar a realizar efectivamente el cristianismo y tornarse hacia la vida espiritual, restablecer la armonía jerárquica y normal de la vida, subordinar lo económico a lo espiritual, rechazar la política a los límites que la están asignados."

LA LIBERTAD

Anfibologías políticas

por Víctor PRADERA

Uno de los tópicos del siglo XIX, el generador de la anfibiaología que mayor boga haya tenido, ha sido la clasificación de los hombres en dos agrupaciones irreconciliables: la en que formaban los amantes de la libertad y la que cobijaba a sus encarnizados enemigos. Los primeros tomaron su apelativo de la libertad y se llamaron *liberales*; los segundos, que ya estaban bautizados, que no se sujetaban en cuanto al concepto que de la libertad tenían al capricho de sus adversarios, y que no gustaban de apodos, fueron sin embargo designados despectivamente con el calificativo de *reaccionarios*. Y así vivieron las gentes en el pasado siglo y así han traspuesto el hito del nuevo. Los *liberales* eran los depositarios de la libertad: los *reaccionarios*, viles esclavos de ella habían renegado.

En los comienzos de esta ruptura de la humanidad en dos trozos, y en los fervores de su nueva religión (porque el liberalismo bajo cierto aspecto lo ha sido), los *liberales* invitaban a los *reaccionarios* a compartir el sagrado depósito. Ellos lo conservaban; pero no era para ellos, sino para la humanidad toda. Más adelante —no por cierto transcurrido largo tiempo— los liberales cayeron en la cuenta de que los que se hacían voluntariamente esclavos no eran dignos de la libertad y proclamaron, como consecuencia lógica de sus principios, lo que nuevamente empieza a sonar en estos tiempos: la libertad para los liberales. Y solemnemente, en la Convención francesa, se definió la doctrina en estas palabras que no deben ser olvidadas, que hay que tenerlas siempre presentes, que arrojan raudales de luz, y que preservan de falacias que traen aparejadas gravísimas consecuencias: "La libertad para nosotros, la muerte para nuestros enemigos. Este es el escrutinio expurgatorio de la República".

¡Qué decir de una libertad, que proclamada como nota que caracteriza a los hombres todos, ha de ser, sin embargo, patrimonio de unos cuantos? ¡Qué decir sobre todo del ímpetu con que se arrollaron pasadas instituciones bajo el pretexto de que oprimían y negaban la libertad, para crear otras que también la niegan? ¡Qué decir, en fin, de esa división en castas, pronunciada a nombre de la libertad?

Dejémoslo sentado sin ambigüedad alguna. Doctrina que prescinda de la libertad humana o la niegue es, en el orden de la organización social, doctrina falsa. Y al hablar de libertad no me refiero tan sólo a aquella libertad interior, raíz de los actos humanos *diminados* (según término consagrado de la Filosofía católica) y en los cuales la voluntad no puede ser violentada por escapar a toda acción material, sino también a la libertad exterior; es decir, a la ausencia de coacción física. En otros palabras: el hecho sólo de que una doctrina política o social tenga como fundamento la negación del principio de la libertad humana, sería suficiente para clavarla en el cuadro de los errores científicos.

Para un católico, además, esto es elemental. Toda la Moral de Cristo está basada en la *responsabilidad* y en la *imputabilidad*; y es claro que ni la responsabilidad existiera, ni la imputabilidad tendría lógico fundamento si el hombre careciese de libertad interior y se le forzase exteriormente a realizar actos que no quiere, o se le impidiese coactivamente ejecutar los que quisiera. La Iglesia, enemiga de la libertad, ha sido uno de esos emblecos de larga vida; de tan larga, que aun hoy, al cabo de veinte siglos de su existencia, lo pregonan fingiendo escándalo los mismos que proclaman la posesión exclusiva sobre ella.

Y no podía ser otra cosa, porque los hombres son seres de naturaleza racional. Caracteriza, en efecto, a ésta el conocimiento del fin que le es propio, el de la

razón del fin, y el de la proporción con éste del acto que a él conduce: y es claro que no habría armonía en sus potencias si la voluntad, conocidos fin, razón y proporción, según lo dicho, no pudiese moverse o no hacia el fin, deliberando sobre él y sobre los medios a él conducentes. Y en esto consiste precisamente la libertad.

Que el hombre sea un ser libre está, pues, fuera de toda discusión. Si no lo fuese no sería hombre; y por ello sin duda en el supuesto de que en la humanidad haya quien renuncie a esa condición, el liberalismo se apresuró gozoso a recabar para los suyos los beneficios que dispensa. Pero el problema no tiene solución tan simplista. No se trata—oponemos nosotros—de si el hombre es libre o no lo es. Tan dogmática es para los católicos la existencia de la libertad humana, que precisamente del campo opuesto—en el que acampan no pocos liberales—han salido sus impugnadores bajo la denominación de *deterministas*. Y la Iglesia los ha condenado y ha excluido de su seno a los que se contaminaron con sus falacias.

De lo que se trata es de si *racionalmente* el uso de la libertad por el hombre no está condicionado o limitado. De lo que se trata es de saber si la libertad humana tiene—como las aguas que son bienhechoras, un cauce material—un alveo moral.

A donde quiera que volvamos los ojos, hállese situado en el pasado o en el presente, lo mismo en Oriente que en Occidente, igual en el Norte que en el Sur, nos encontramos con algo que acompaña al hombre en tan estrecha intimidad que no es posible concebirla aislado. Y es lo más curioso que los que se dicen defensores de la libertad se han mostrado siempre como sus más ardientes apologistas. Me refiero al Derecho. No ha habido sociedad alguna humana sin Derecho, escrito o consuetudinario, rudimentario o perfecto. Y el Derecho es ante todo y sobre todo, condicionamiento y limitación de la libertad. Porque la libertad no es el Derecho, como da por supuesto la escuela liberal, aunque en la práctica lo niegue no pocas veces con los hechos. La libertad es condición del Derecho; pero es también condición su infracción, condición del crimen. Si sin bienhechoras, un cauce material—un alveo o perfecto. Y el Derecho es, ante libertad no hay Derecho, sin libertad tampoco hay delito. Si la libertad fuese el Derecho, habría que borrar sus violaciones de los Códigos. Hay que establecer, pues, el verdadero concepto de la libertad relacionándolo con el Derecho y de la aproximación de ambos términos fluye el principio de que si hay un Derecho a la libertad, la libertad no es el Derecho. O en otras palabras: si el Derecho se acota en el campo de la libertad, no todo él es Derecho, porque en parte de él, está el crimen.

Si la libertad, pues, está condicionada y limitada en la vida social por el Derecho, como éste dice por su parte, relación al fin, porque es el medio jurídico de su consecución, hay que concluir que la libertad humana tiene categoría de medio. Y las consecuencias fluyen por sí solas. Porque la libertad es medio, puede conducirnos al fin social o apartarnos de él. La misma libertad es la que nos mueve a matar o no inspira el sacrificio de nuestra vida; como el mismo cuchillo es el que mata en agresión ilegítima o en defensa de la vida o de un derecho. Por eso el grito de ¡viva la libertad! pueden lanzarlo igualmente el bandido y el hombre honrado, el asesino y su víctima, el buen ciudadano y el faccioso y rebelde a la ley. Pero con esta diferencia: que el sentido de las mismas palabras es antagónico según los labios de que salgan. Cuando los oíganos, pues, hay que disipar ante todo la anfibiaología, sin dejarse impresionar por la fonética. ¡Viva la libertad! puede significar lo mismo la exaltación del Derecho o la del crimen.

Y ahora se verá con toda claridad, que quienes poseían y poseen el concepto legítimo de libertad, no son los *liberales*, sino los que éstos califican de *reaccionarios*; en palabra más propia, los católicos. La libertad—podemos y debemos decir—es cosa buena; tan buena que la vida misma no es precio bastante para comprarla. Pero la libertad no es el fin de una sociedad. Las sociedades no se han formado para dejar a salvo sobre todas las cosas la libertad individual, sino para promover la felicidad temporal. Y así como la vida ha de sacrificarse a la libertad en momento en que el despotismo acecha, así también la libertad individual ha de ser sacrificada al fin social, cuando la felicidad temporal se halle en peligro.

Y esta doctrina no exceptúa a persona alguna. Su concepto de la libertad no favorece a unos en daño de otros; a todos sin exclusión se aplica, y se aplica por igual. Y una vez más comprueban los hechos que quienes infringen las leyes que impuso la Naturaleza, aun pretendiendo facilitar su actuación y con el propósito de obtener de ella más de lo que les fué marcado por el dedo del Supremo legislador, sólo recogen a la postre profundas decepciones. Así los que quisieron elevar a la libertad a jerarquía superior a la suya, terminaron renegando de ella, al hacerla exclusivo patrimonio suyo.

ASKAR ZUMAYA

FABRICA

de motores marinos e industriales.

GRUPOS MOTO-BOMBA

para regadíos, agotamientos y contra incendios.

GRUPOS ELECTROGENOS, ETC.

Potencias de 3 a 120 H. P. y de 1 a 8 cilindros.

FUNDICION

de hierro, metales y maleables.

ASTILLEROS

Construcción de toda clase de embarcaciones de pesca servicio y recreo.

PROVEEDORES

de la Armada y Sociedad Española de Salvamento de Naufragos.

ESTUDIOS

proyectos y presupuestos gratis.

Clave A. B. C. 5.ª edición

TELEFONO NUM. 35

Telefonemas
Telegramas
Cables

ASKAR

(1) Charles Benoist, en el libro del que tomo la cita, impreso en Francia el pasado año, emplea un concepto que no puedo reproducir.

Picotazos

por M. de PALACIOS OLMEDO

El pecado mayor, lo mismo desde el punto de vista ético que del cronológico, es la soberbia. Y al mismo tiempo es el más castigado. Una de las formas de ese castigo es la ceguera que al soberbio sufre y le impide ver el obstáculo contra el cual ha de estrellarse. Napoleón se estrelló en una isla perdida en el Océano. Otros iguales en soberbia, pero ridículos pígmicos en cuanto a méritos, encuentran una esquina o un poste justiciero. Si las torres que desprecio al aire fueron se desmoronaron, ¿cómo no han de caer cobertizos mal hechos, sin cimentación alguna?

Pero ¿a santo de qué vienen estas consideraciones? No lo sabemos. El día está gris y lluvioso, y por nuestra cabeza desfilan peregrinas las ideas más incongruentes. Sin duda por ello acuden una sarta de refranes (vicio sanchopancesco): Dios ciega a quienes quiere perder. Tras de la tempestad viene la calma. No hay bien ni mal que cien años dure. Si quieres ver a tu enemigo muerto, sientate a la puerta de tu casa y espera... Mas también es cierto que: A Dios rogando y con el mazo dando.

Se han reunido en su círculo los restos mortales del ex-partido liberal conservador, presididos por el marqués de Lema. ¿Qué se proponen esas sombras venerables, entre las cuales hay, según dicen, una juventud? Muy sencillo: seguir con su sistema maravilloso de hacer una oposición puramente formal a los avances de unos liberales (que tampoco existen), y cuando lleguen al poder, consolidar todos los errores y atentados que se hubieren cometido contra los principios antirrevolucionarios que ellos dicen defender. He aquí el sistema. La revolución es lo dinámico; el conservadurismo lo estático, lo inerte. Aquella, a pesar de su feminidad gramatical, es el macho; éste, aunque no lo parece, es hembra.

Pues bien: ya es hora de que si es preciso, y con permiso de la autoridad competente, gritemos por las calles y plazas, en todo sitio donde hubiese gentes que oigan y entiendan, que lo que vulgarmente se llama derechas con una imprecisión desorientadora, rechaza indignada esa política pasiva, cobarde, opaca del ex-partido liberal conservador. Es axioma militar, practicado especialmente por los dos más vigorosos ejércitos modernos, el alemán y el japonés, que para defenderse hay que ofender: hay que contraatacar energicamente. La defensiva pura termina siempre en derrota. A la vista están las consecuencias de las que ha mantenido en los últimos años de la monarquía el partido liberal-conservador. Por consiguiente, paz a los muertos e infundados en las masas que amen los eternos principios que hicieron grande a nuestra España (no a la de payasos, tenores y jabalíes) una fe incommotable, una esperanza varonil, una caridad que empiece por tenerla de nosotros mismos y proceda en consecuencia. Esto en cuanto a las directrices generales: luego, respecta estrategia y táctica, disponer de una técnica político-social ágil y moderna y de una energía combativa a

prueba de violencias zoológicas y de captaciones cucas. Hay que meter en el alma de tantas gentes católicas y patrióticas desorientadas la idea de que nuestro programa no es el de los adversarios, moderado o mitigado, sino completamente distinto. Esto es esencial y habrá que repetirlo mucho en este pueblo de durmientes, para que se despabilen por completo.

Bella estampa goyesca de los abominables tiempos fernandinos. Un embajador y un ex-ministro super-cultos y democráticos mezclados con la gente a las puertas de la enfermería de la plaza de toros. Conste que a nosotros no nos parece mal el interesarse por un torero amigo y herido, y más aún teniendo en cuenta lo era por un fin benéfico. Pero hemos quedado en que los toros es una fiesta zoológica, indigna de espíritus cultos. Y quedamos también en que los señores amigos de toreros son una degeneración de la clase como los escritores que difaman y calumnian son otra degeneración de otra clase. Nadie puede decir de este agua no beberé, pues estos señores embajador y ex-ministro republicanos la han bebido nada menos que de la Fuente del Berro y de la cuba de Chamorro, el último amigo del odiado Fernando VII.

Si por los frutos se conoce el árbol, recapacite el lector cómo serán el Ateneo, la Casa del Pueblo, la Institución Libre de Enseñanza y zonas infectadas de centros docentes diversos que nos han suministrado a la mayoría de los genios, ingenios y sub-genios autores de nuestra presente felicidad. Es preciso tener mucho en cuenta, si llega la primavera (hasta de ello dudamos a veces), todo esto para trasplantar esos árboles a sitios lejanos, con objeto de que pobres gentes atrasadas puedan gozar, como nosotros, de las supremas excelencias de sus frutos. Todo esto lo haríamos por pura generosidad.

De todas las dictaduras, la peor es la de forma parlamentaria, pues resulta en ella más difícil cualquier responsabilidad por diluirse entre muchos dictadorcillos provistos de un acta de diputado, que en rigor sólo es la hoja de parra de esa dictadura. Es preciso tener mucho en cuenta, si llega la primavera (hasta de ello dudamos a veces), todo esto para trasplantar esos árboles a sitios lejanos, con objeto de que pobres gentes atrasadas puedan gozar, como nosotros, de las supremas excelencias de sus frutos. Todo esto lo haríamos por pura generosidad.

Un Júpiter tonante del socialismo que hasta ahora demostraba cierta seriedad no helénica, saca de repente la caja de los truenos y los rayos, y ante el peligro que le juzga remotísimo de que la República

pueda ser víctima de un atentado, amenaza con dejar correr libres por ciudades y campos los miles de bárbaros que como buen domador cree tener sujetos. Que cuido no vayan a devorarlo a él si salen con demasiada hambre de la jaula. Y sobre todo recuerde que en el cuento cervantino, contra el loco que se creía Júpiter, surgió otro que se juzgaba Neptuno y estaba dispuesto a apagar con cataratas de agua los incendios por aquel provocados.

Lamentable es el espectáculo del mundo que hemos convenido en llamar civilizado.

Cuento

Nos han quitado nuestra bandera

por Carmen FERNANDEZ DE LARA

Raulin era un niño pálido, de labios descoloridos y grandes ojos negros, en los cuales parecía flotar siempre una tristeza, un gran dolor. Su mirada mansa y acariadora hacía pensar que el niño tenía un peso de tristeza en su alma. Y no es que Raulin estuviera enfermo, no, es que apenas cuando comenzaba a conocer la risa, conoció el dolor, demasiado prematuro para el alma de una criatura.

El niño adoraba a su padre; aquel valiente militar español que tanto había amado a su Patria, a su Ban'era, por la Patria que había dado la vida. Y siempre, incesantemente escuchó los mismos consejos, las mismas narraciones que le hacía el padre al referirle hechos gloriosos ante los cuales se sentía estremecer de orgullo. ¡Hechos gloriosos de la Historia Patrial, por la cual debíamos ofrendar la vida.

Y un día vio cómo traían a su padre muerto en gloriosa jornada, herido por una bala enemiga. Y vio las lágrimas de su madre, y contempló el adorado cuerpo que lo envolvían en la bendita Bandera...

Y dejó de reír; sus ojos se cuajaron de lágrimas; por esto quedaron tristes, por eso ennegrecieron tanto; era la pena que anidaba en corazón de pequeñuelo.

Vivía Raulin frente a un gran edificio público, un verdadero palacio. En él brillaba muchos días, los de fiesta, la Bandera Roja y Gualda, y el pequeño se pasaba esos días—los más felices para él—en el balcón, contemplando cómo ondulaba y cómo brillaban sus colores al ser heridos por el sol.

—¡Mira qué hermosa!—solía decir a su madre.—¡Es nuestra Bandera! Por la que murió mi padre, ¡verdad! ¿Verdad, madre mía que todos debemos morir por ella? Y ser enterrados en sus piegues, como lo fue él. El militar español, ¡qué mayor gloria!

Y la madre, silenciosa al principio, conmovida, llorando, no podía por menos que repetirle al hijo aquellas palabras tantas veces oídas por el compañero amado.

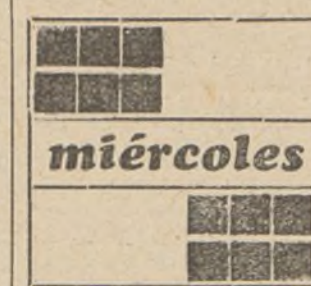
—¡Si, hijo mío, sí; todo, todo por nuestra Bandera! Cuando seas hombre lucha como el luchó, haz como él te decía, ¡jamás hagas que se arrie, jamás consientas que caiga en manos de sus enemigos!

Estas palabras, repetidas mil veces, se grabaron en su corazón y cada vez lo sentía más henchido de amor por aquel jirón de tela teñido de rojo y amarillo.

zado. Económicamente estamos ante una lucha de acreedores y deudores premiosa y sordida, como todas las de esa clase. Todo son angustias y regateos, y a través de los ideales con que se envuelven unos y otros se oye constantemente, como un leit-motiv vagneriano, el grito lacrimoso del usurero en "Los intereses creados": ¡Mi dinero, mi dinero! Hay un nudo gordiano económico que es muy difícil, por no decir imposible, desatar. Por desgracia esos como otros nudos sólo los desata, cortándolos, la espada de un Alejandro. Y conste que este Alejandro no es el señor Lerroux.

Los días y las horas

Revista de la SEMANA



La hora de las detenciones

No es fácil explicarse la preferencia por las horas de la madrugada para practicar diligencias policíacas que resultan luego injustificadas.

Ya hace algunos años, cuando se instruíra aquel sumario extravagante relativo a las niñas desaparecidas, se dió el caso de tomar declaración y meter en la cárcel a las dos de la madrugada a una desventurada señorita, cuya vida no ofrecía motivo alguno para la desconsideración y contra la cual, como todo el mundo comprendía sin vacilar, no resultó responsabilidad ni indicio racional alguno. Resultó, sí, que falló el poco tiempo, y no será temerario pensar que tantos sobresaltos y molestias la matasen.

En la vía regresiva que vamos siguiendo, hemos conocido—a saber cuántos casos no se hacen públicos—en pocos días, que de madrugada se presentó la policía en el dormitorio de un diputado para darle un recado que por lo visto necesitaba ser al oído; y ahora, también en las primeras horas de la mañana, que se ha hecho la detención de don José Antonio Primo de Rivera, quien, sin ser interrogado ni instruido del motivo de la diligencia, ha permanecido hasta la madrugada siguiente privado de libertad. De menos visibilidad y escaso comentario, se habían practicado y continuaban haciéndose diversas detenciones.

¿Razón de Estado? ¿Misterio político indispensable? ¿Salud del régimen?

Así debe entenderse sin duda. Pero, ¿no son esos los fantasmas de la reacción contra los cuales declama siempre la democracia?

¿No quedábamos en que la razón de Estado era la hipócrita máscara de la tiranía? ¿No blasonábamos de que la democracia odia los misterios políticos hasta en las relaciones diplomáticas internacionales, porque el pueblo es el soberano y nada debe sustraerse a su conocimiento? ¿No se funda toda la revolución sobre la libertad de las opiniones, sobre la vitalidad nacional de que haya opinión, sobre la felicidad de que se contrasten en el ardor del entusiasmo las distintas ideologías, sobre la dignidad humana de que nadie pueda ser detenido sin discernimiento de la seriedad judicial?

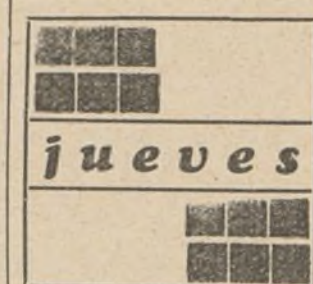
¡Bah! Todo eso, como las fotografías que acompañan a los específicos para acabar con la calvicie, son captaciones en propaganda del menurje.

Con la escenificación de la negra razón de Estado y demás fantasmas se procuraba destruir el prestigio secular de la verdadera autoridad política: la monarquía.

Pero la democracia no sólo usa de

los fantasmas como realidades, sino que lo que en la monarquía, permanente amparo público, podía ser defensa del Estado, en un régimen de partidos no pasa de ser espíritu de partido, del partido que efímeramente dispone del poder o de las personas que accidentalmente le detentan.

Como que una monarquía apenas tiene dificultades posibles para la vida del Estado y un régimen de partidos hace del Estado una pelota de la cual todos los diferentes grupos quieren valerse. ¡Buena dificultad, por si sola, del partido o persona en triunfo, la de sostenerse y desbaratar a los contrarios!



La república grande y la chica

No hace falta ser muy competente en la cuestión; basta tener algún hábito de leer contratos pa-

ra sufrir inmediata decepción pasando la vista por el texto, que se ha hecho público, del arreglo comercial franco-español.

La vieja cuestión de los vinos españoles no ha logrado un pacto amplio, beneficioso y claro. ¡Qué contraste, aun a través del estilo y los recodos diplomáticos, con el pacto sobre la cuestión de los automóviles franceses!

Cuánta diferencia de densidad entre las concesiones que refleja el anexo A, relativas al arancel francés, y las copiosas de la lista B, a cargo del arancel español. Cuántos productos españoles, considerabilísimos en nuestra riqueza y nuestra economía, sin protección alguna.

No era, sin embargo, momento infeliz para que la democracia republicana de nuestro país se luciese. El régimen precedente había pugnado en vano por un acuerdo aceptable; buena circunstancia para acreditar la excelencia presente. La nación francesa está constituida en República y era de esperar que se manifestase simpatizando y favoreciendo la consolidación del nuevo régimen republicano español. Ningún momento mejor para lucrar los frutos de esa simpatía, que este primero de la reciente instauración republicana española. Por otra parte, la situación económica y comercial de España reclama como nunca que se le abriera caminos de utilidad y provecho.

Pero nada de eso ha influido y al pacto se ha llegado, por lo menos eso hace pensar al que lo examina, por el fácil procedimiento según el cual dos no riñen ni disienten cuando uno no quiere.

Y el que no ha querido disintir en esta ocasión ha sido la república española, la misma que en el interior del país tiene mano tan dura con religión, propiedad, familia, ejército, fun-

Folleón de CRITERIO

(1)

PAPA, ¡MINISTRO!

SATIRA COMICA, EN UN ACTO

por Hernando de LARRAMENDI

PERSONAJES

Doña ROSA, de 40 a 50 años.
MAGDA, hija de la anterior y de Don Manuel, unos 20 años.
MADAME FANÉ, modista, briosa, y hombruna, cincuenta y tantos años.
ROMANA, criada.
DON MANUEL ARBOLLEDA, ministrable, 50 años.
MARIN, poco más joven que el anterior.
JUANITO, hijo de Don Manuel y Doña Rosa, 23 años.
ENRIQUE, 23 años.
RENQUEJON, sesenta y tantos años.

ACTO UNICO

Un despacho salón con buenos muebles algo añejos. Puerta al fondo y dos más al lateral izquierda del espectador; al otro lateral, balcón o mirador. La época actual.

ESCENA PRIMERA

(Doña Rosa sentada al bufete con una agenda; Don Manuel paseando reflexivo, pero atendiendo al diálogo.)

Doña ROSA.—Además tres pesetas porque hoy se han traído dos libras de chocolate. Y de cera para los pisos.

Doña MANUEL.—¿Cera también?

Doña ROSA.—Vas a decirme que no hay más cera de la que arde.

Doña MANUEL.—El que arde soy yo... Y la cera o la pasta dura soy yo también, que sobre mis desventuras tengo la de haber perdido toda autoridad en la casa. (Cambiando el tono, con moderación, pero impositivo.) Mira, Rosita, a grandes males, grandes remedios: se suprime temporalmente la cera de los pisos. Y... y... se suprime también el chocolate; esa ridícula flusión, que no tiene valor alimenticio, salvando el panecillo; que no tiene caca, salvando algunas crisis de conciencia del fabricante, y que descomponen y esquina los presupuestos de los pobres. ¡Desde niño tengo antipatía al dichoso chocolate!

Doña ROSA.—En ese tono es inútil hablar, Manuel. (Levantándose.) ¿Por qué no te haces cargo tú de las llaves y de todo?; yo no sé más...

DON MANUEL.—¡Santísimo dogma de la rutina familiar! Pero, ¿es que no se puede vivir sin tomar chocolate?

Doña ROSA.—No es eso Manuel, no es eso. Estamos todos dispuestos a desayunarse con la sopa; pero con lo que tú pretendes no se soluciona nada. Los cinco duros que sacó ayer Juanito por la dentadura postiza no dan más de sí. La situación es muy grave.

DON MANUEL.—¡Tan grave! Tenemos los muebles embargados, que viene a ser como no tenerlos, y nos estamos comiendo los dientes y hasta sacamos con ellos lustre al piso.

Doña ROSA.—Déjate de humoradas y gyemo. La situación es grave porque hemos llegado a tener que robarnos al extremo de pig-norar o mendigar algunos días para atender al gasto ordinario de la casa; porque, aunque te devanes los sesos, cinco duros no representan más tiempo que cuarenta y ocho horas, y eso, debiendo el aliento y aguantando la romería perpetua de los tenderos y la correspondencia permanente de los acreedores. ¿Seis horas tuvimos ayer sentada en casa, esperando que la pagáramos, a la oficiala de madame Fané!

DON MANUEL.—Tuvo flema...

Doña ROSA.—En cambio, su maestra tendrá que oír. ¡Ella que es un ataque de caballería a la bayoneta!

DON MANUEL.—De infantería, mujer.

Doña ROSA.—No me la quites lo de caballería si hemos de referirnos a madame Fané.

DON MANUEL.—Hay para hacer un desatino...; bien está que quieras cobrar lo suyo, pero ese abuso...

Doña ROSA.—Si es que ha venido tantas veces. Además, cuando se le ha hecho esperar, con razón habrá sido; Juanito está encargado de dirigir la campaña contra los ingleses, y te aseguro que con menos genio ha pasado Napoleón a la Historia.

DON MANUEL.—Sería cosa de reírse a carcajadas si no fuera porque al abrir la boca, en vez de dientes, nos exponemos a enseñar la papeleta... (Cambiando de tono.) Y si no lo echamos a risa, ¿qué hacemos?

Doña ROSA.—Verdaderamente. Y, sin embargo, hay que hacer algo.

DON MANUEL.—Sí, sí; hacer algo. ¿Hay nada más difícil que hacer algo con éxito, siendo honrado y teniendo talento? No ves que son plaga los granujas y los imbéciles; su tacto de codos, la postergación sistemática de todo el que algo merece o algo vale, es casi su legítima defensa para no evidenciarse, para sacar adelante sus trapas, para obtener y luego asegurarse las sinecuras y los puestos.

Doña ROSA.—Como que yo no sé por qué os empeñáis algunos quijotes en poner tanta énfasis y decir a cada paso: "Yo, que soy un hombre honrado"; o "Nosotros los que no somos completamente imbéciles"; para que se os cierren todas las puertas... Cuando lo que debéis insinuar y repetir a todo el mundo era precisamente lo contrario: "Yo, que no soy honrado", y no habría bicho viviente que dejara de decir por su capote: "Este es mi hombre", y os propusiera algún negocio.

DON MANUEL.—Razón tienes, O. "Yo que soy idiota", y no habría millonario temeroso de que pudiéramos engañarle si nos confiaba su administración o sus consultas, ni estúpida eminencia todo poderoso que nos negase su protección y sus simpatías comprendiendo que le podíamos hacer sombra.

Doña ROSA.—Pues aplícale el cuento. Con tu rectitud y tus filosofías, te has quedado sin influencia, sin negocios, sin una miserable plaza de consejero en cualquier empresa, y con las esperanzas de ser ministro completamente perdidas.

DON MANUEL.—En cambio Juanito está ganando la gloria de Napoleón, y yo la otra Gloria... que a todos os desee... (Bendiciendo, luego, en tono serio.) Si yo supiera, si tuviera espínazo para adular

y carácter para intrigar, y conciencia para transigir... Ahora, en plena crisis, cuando sube al poder mi partido...

Doña ROSA.—Y, ¿en día de crisis te estás así, asistiendo a bien morir a los cinco duros de la dentadura? ¡Pero si tú podías hacer carrera sin faltar a la verdad, diciendo que eres tonto perdido!

(Se oye voces de Madame Fané y Magda, Juan y Romana.)

Doña MANUEL.—¿Qué estándole es eso?

Doña ROSA.—(Reconociendo las voces.) ¡María Santísima! Madama Fané que nos va a hacer tragar a su oficiala.

DON MANUEL.—¡Mala ocasión para hacer honor al banquete!

ESCENA SEGUNDA

(Tratan de abandonar la habitación al sentir acercarse las voces, pero son alcanzados antes de salir por MADAME FANÉ, que entra seguida de JUANITO, MAGDA y ROMANA.)

MADAME FANÉ.—¿Es don Manuel Arbollada a quien tengo el disgusto de ver huir?... Mi señora doña Rosa, seguramente que no esperaba usted tan agradable visita.

DON MANUEL.—¿Quién es usted, y qué quiere decir ese tono?, señora mía.

MADAME FANÉ.—(Con ironía concentrada.) ¿Qué quién soy yo?... La estatua de la paciencia y el modelo de la abnegación. Yo soy el San Martín que regala vestidos a las señoras de su casa, y el Santo Job que no los cobra nunca, y el San Simplicio que no ha dado todavía un escándalo.

JUANITO.—Es que aquí no escandaliza nadie.

MADAME FANÉ.—Lo que no hace aquí nadie, por lo visto, jovencito, es trabajar, puesto que no se pagan atenciones tan sagradas. Como no llamen ustedes trabajar a urdir embustes... Seguramente que es trabajo y esa cobardía son suyos...

MAGDA y Doña ROSA.—Madame Fané, hágase usted cargo... comprenda usted que si...

MADAME FANÉ.—Tolerancia, excusas. Pero ¿cuántas disculpas van ustedes a llenar cuatro años de burlas? Primero, que "no están los señores"; después que "ya pasarán". Dos años en esta faena! Luego diez pesetas a cuenta con muy buenas palabras y un capítulo de novela por entregas de tesoros escondidos, traidores en acedcho, tempestades terribísimas... y muchas esperanzas; en esta faena, media hora y cuarenta reales, ¡y un año largo esperando el capítulo siguiente y las otras diez pesetas! ¿Hay paciencia? ¿Es eso vergüenza? Para setecientas pesetas cochinas...

Doña ROSA y MAGDA.—Pero, madame Fané...

JUANITO.—¡Ea!, se acabó...

DON MANUEL.—(Imponiéndose y dirigiéndose a la criada.) ¿Por qué ha dejado usted entrar a esta señora?

ROMANA.—Como yo no la conocía y ha venido por la escalera principal...

MADAME FANÉ.—(Subrayándolo.) Ese es el cuarto año de faena. Llamada de la oficiala por la escalera interior; la puerta que se abre; pocas palabras; una silla; y así, sin escándalo, sin impunidad, al lado del carbonero, del carnicero, del sastre, del funista, todos sentadillos, hasta que se cansen y se vuelvan a marchar por donde han venido.

(Inclinada, dirigiéndose amenazadora a Arbollada.) ¡Seis horas, seis horas, caballero, estuvo ayer mi oficiala sentada en el recibimiento interior de esta casa, perdiendo el tiempo, sin cobrar una peseta, sin ver a nadie de esta familia y enterándose por el propio panadero de que se le han comido ustedes ya nueve mil reales de panecillos sin pagármelos! Así tuvieron ustedes toda la miga en la garganta!

DON MANUEL.—¡Bien, bien, bien; usted se va ahora mismo o llamamos a los guardias.

MADAME FANÉ.—Puede usted llamar al escuadrón de los Reyes de piedra de la plaza de Oriente.

JUANITO.—Esto es un allanamiento de morada, señora.

MADAME FANÉ.—No, criatura; esto es la urbanización de Sierra Morena.

DON MANUEL y JUANITO.—(Atrados.) Señora...

MADAME FANÉ.—Ni señora ni oficiala que valga; yo no voy a estar seis horas, sino seis mil; hasta que cobre lo que es mío.

Doña ROSA.—Madame Fané; se la va a pagar usted cómo es muy justo.

MADAME FANÉ.—Pero, ahora mismo.

Doña ROSA.—Ahora mismo... así. (Acallándola.) Atienda usted, atienda usted. Mi marido ha sido llamado por el señor Renquejón, jefe de su partido, que tanto lo aprecia, y a quien con motivo de la crisis se ha encargado de formar Gabinete. En el momento de llegar usted iba a salir para la entrevista.

MAGDA.—Se lo quise decir a usted antes y no me ha escuchado...

Doña ROSA.—(Atajando a su hijo y a madame Fané.) Mi marido va a ser nombrado ministro.

JUANITO.—¡Papá está ya nombrado ministro.

MARIN.—(Entrando y demostrando haber oído las últimas palabras.) Veo que están ustedes enterados. ¡Ea!, me alegro. Eso ya muy bien, chico; en todas partes muy bien recibido tu nombre. Si no hay nadie de tus méritos en la política española. (Reparando en madame Fané.) Señora...

Doña ROSA.—(Al papá.) Madame Fané, muy buena amiga nuestra... El señor Marin de los Chopos, ex embajador en Rusia (extrañeza en Marin), íntimo de la casa. (Atajándoles.) Madame venia a consultar con Manuel acerca de algunos intereses... Usted, Marin, podrá asegurarle de si es cierto el nombramiento de Manuel y de si están seguros esos fondos...

MARIN.—(Haciéndole cargo perfecto del juego.) Absolutamente. No hay temor ni circunstancia que pueda alcanzar a esos fondos, señora. Seguros, más seguros que los propios fondos del mar. (Con intención de que se marche.) Vaya usted tranquila. Y, por Dios (a todos, pero con el fin de echar a madame Fané) no entretengamos el tiempo a Manuel, que un minuto es un tesoro. (A madame Fané.) Crea usted que el único riesgo de los fondos es que hagamos perder el tiempo a Manuel y puedan robarle en una intriga la cartera. (Farfalleando, empujándola siempre y sin dejarla hablar.) Reconózcame... Ex embajador en Rusia... Señora... A los pies de usted...

MADAME FANÉ.—(Recelosa, pero vencida, avanzando hacia la puerta, llevada por doña Rosa, que la habla tranquilizándola.) Beso a usted la mano... Veremos, veremos... Beso a usted la mano...

Doña ROSA.—Comprenderá usted, madame...

JUANITO.—(Empujándola.) Está usted segura, esté usted tranquila... (Vase.)

ESCENA TERCERA

(Doña ROSA, DON MANUEL y MARIN, luego JUANITO y MAGDA.)

MARIN.—(Con sorpresa.) Una madame... inglesa.

DON MANUEL.—Una pobre mujer que reclama lo que le pertenece, y vosotros unos impostores, y yo un malaventurado.

MARIN.—¡Eh!, señor mío, ¿qué es eso de impostores?, ministro y muy ministro, si no te obcecas en hacer tonterías como siempre.

(JUANITO y MAGDA entrando.)

MAGDA.—¡De buena hemos salido! ¡Qué fiero!

JUANITO.—No, no hemos salido todavía. (A Marin.) Hay que hacer a papá ministro.

DON MANUEL.—¡Ea!, me marchó, porque acabaréis por volverme loco. (Vase.)

ESCENA CUARTA

(Los mismos menos DON MANUEL.)

MARIN.—Nada, como siempre. Pero ¡qué cosa más tonta es tener talento! Nuestro padre, con sus méritos, hoy día de crisis debía haber amaneado en la cama con Renquejón, aprovechar el primer instan-

cionarios, opinión conservadora, derechos de las personas y todo lo demás, si es que queda algo más.

Claro que si los tributos sobre uso de automóviles nos han de hacer andar a pie a todos los españoles, difícil será que compremos alguno al extranjero, y si no tenemos seguridad de estar sobrados de abastos, bien es que se nos queden aquí nuestros frutos y productos.

Lo más grave del caso es que todo lo ocurrido es normalmente lógico. A mayor volubilidad política, menor presencia e influjo en las relaciones internacionales. Sólo los fuertes, con fortaleza orgánica, sea de una posición individual, de un negocio industrial o de un pueblo, contratan a la medida de su justa conveniencia.

En materia de contratos los milagros son más fáciles en los de orden interior con los estados democráticos, pero imposible en los acuerdos internacionales.



Delitos nuevos y sanciones buenas

Ya está publicada el acta de acusación contra don Alfonso, ex rey constitucional.

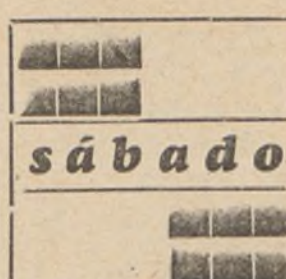
No es un documento jurídico por su razonamiento; es un bien redactado artículo periodístico de oposición. Elecciones maculadas, poder absoluto, responsabilidad exclusiva en África, imposición contra la voluntad nacional (?) del golpe de Estado del 23, privación de todas las libertades del pueblo durante siete años de tiranía, hasta aquí las culpas; luego, como calificación y derecho, invención del reo por de lesa majestad popular, rebelión militar de media soberanía contra la otra mitad, el pueblo, utilizando parte de éste, precisamente la armada, que es el ejército; remisión de la pena de muerte por opinión contraria a esta pena, pero pena de muerte por remisión de la opinión contraria en el vago caso de peligrar el régimen republicano. Y confiscación de bienes.

No haría falta ser un maestro de periodismo para escribir un artículo diciendo todo lo contrario.

Pero, en fin; ni don Alfonso, XIII constitucional, preocupó nuestra mente ni impulsa nuestra pluma para la defensa, ni aparte la confiscación de bienes ha de tener todo eso otra resultancia práctica que la clásica de la política democrática: perder en charlatanerías el tiempo que sería tan oportuno para aclarar la oscura perspectiva que ofrecen los verdaderos problemas de la realidad.

Seamos orientadores una vez más. Propongamos al régimen un castigo fecundo y eficaz para sancionar al régimen caído: No atropelle una sola libertad del pueblo ni de las personas y cólmenos de paz pública, prosperidad económica y satisfacción de nuestros gobernantes.

¡Qué sanción para don Alfonso y los suyos! Nos sentamos para esperar.



¿Boicot?... ¿Caridad?

En Bilbao corren hojas, según cuenta la Prensa, en que los católicos proponen el boicot contra todo elemento adverso. El gobernador parece que procurará evitar la propaganda. Si no tiene razones justas que desconozcamos nosotros, discrepamos del sentir del Gobernador.

Con cuánto gusto veríamos esa conducta, no como boicot, sino como regla racional.

Tan racional que es hasta instinto de conservación..., no de una colectividad, sino personal de sus individuos.

Sólo la caridad debe no hacer acepción de personas, en general. Caridad en todo. ¡A qué enemigo inclusive podrá negarse la acción de la caridad? Pero ponerse en manos del médico que no profesa la Moral, la única; entregar negocios a quien no admite la propiedad ni la armonía de clases; comprar al que se sabe que no cree o no se preocupa de creer en la última y más segura cuenta, no es practicar la caridad.

Es faltar a ella, porque en el ejercicio de la caridad al primer objeto de ella a quien venimos obligados a no hacer el mal y a procurar el bien, es a nosotros mismos. ¡Y qué respeto a la salud, a la decencia, a la moralidad de los propios se tiene al admitir al médico sin Moral, la única? ¡Qué seguro de buen fruto esperamos de nuestros negocios encargados al extraviado opinionista? ¡Qué veneno o qué gato por liebre no nos dará el vendedor sin garantías de escrupulosidad?

Sería normal esa conducta. Pero no se ha practicado y hasta es difícil a la hora presente practicarla... porque se ha hecho precisamente todo lo contrario.

Si hasta en nuestra Prensa por cada diez mil citaciones de nombres de frente encontramos, y siempre en la oscuridad y como a regañadientes, un nombre de los nuestros.

Cualquiera medianía nuestra vale, y casi en absoluto siempre, cualquiera eminencia contraria no vale nada, o a lo sumo, vale mucho menos.

Hemos contribuido a todas, a todas las reputaciones de adversarios y hemos oscurecido, oscurecido siempre, hasta matado de oscuridad, a todos los hombres de mérito o a todos los merecimientos propios.

Parece que está henchido de figuras el enemigo; parece que no hay sino estupidez y torpeza en nuestras filas.

Hasta llevamos al enemigo, obligados por la necesidad de vivir, a muchos que hubieran sido puramente nuestros si hubieran encontrado, no ya igualdad de trato, sino algún calor, por poco que fuere, en nuestro campo.

Llenamos de autoridad y de influjo social a millones de necios, de ambiciosos y de mamarrachos, muchos de ellos malignísimos, y dejamos debatirse en la soledad, el olvido y la oscura injusticia, sin posibilidad de influir en la sociedad, en las profesiones, ni en nada, a talentos extraordinarios y virtudes heroicas.

La única compensación es que de vez en cuando hinchamos hasta hacerla grotesca a una figura que en sus justos límites y junto a todas las demás hubiese sido útil, y que desvanecida o sacada de quicio, ni da todos sus frutos ni acaso da uno solo eficiente. Caridad, caridad.

¡Oh!, si hubiésemos practicado la caridad en vez de utilizarla demasiado frecuentemente como piedra para descalabrar a los más beneméritos...



La mejor carrera

La de revolucionario es una carrera corta. Y lucrativa.

Cuántos pobres médicos, ingenieros, abogados, arquitectos, militares, acaban sus estudios y no ganan 12.000 pesetas anuales... jamás.

Así lo ha comprendido el famoso estudiante de muchas carreras, que, sin acabar ninguna, surgió a la escena pública, solivado por alguna fuerza oculta, sin duda, en los últimos tiempos del gobierno de Primo de Rivera, iniciando la Revolución estudiantil.

Y ya ha hecho su carrera; durante años le hemos visto viajando por España, el resto de Europa y América. Yo no sé si con dispendio de su patrimonio privado, pero desde luego no con los frutos de su trabajo profesional. Probablemente con los subsidios de alguno o algunos sectores revolucionarios.

Y al cabo le tenemos de diputado a Cortes con 12.000 pesetas anuales. Quizá no sea su único ingreso de origen político. (A qué cosas se llama política modernamente.)

Pero no era bastante. Precisaba alentar a la juventud para que cultivase esa actividad tan provechosa al individuo, ya que la sociedad maldito el beneficio que de ella reporta.

Y el Gobierno—a qué cosas se llama política en nuestro tiempo—ha considerado que debiera dar toda la resonancia pública que el caso merecía.

En efecto; en el Palacio del Senado —¡oh!, el sistema bicameral—se ha celebrado una solemnisísima sesión del Congreso de la F. U. E. en la que el doctor en la carrera corta de revolucionario ha presidido, rodeado de ministros y catedráticos que han acudido por acuerdo del Gobierno a cantar las hazañas de hacer novillos durante cursos enteros, destrozando enseres y menaje de las facultades o proclamando

do a tiros la revolución desde las azoteas y los hospitales.

Se enfriaba el fervor revolucionario de los estudiantes que, al parecer, hasta en la Facultad de Medicina de Madrid son hoy en su totalidad opuestos al régimen, y para evitar la desbandada no puede ser más oportuna la apología de la carrera corta y más provechosa: la de revolucionario.

Trasteo te inspire, hijo; que el saber... poco te ayuda.



Serranías políticas

Nada puede sorprender que un juicio, vinculado con una aventura como madame Hana, la propietaria

de la famosa Gaceta del Franco, intente desenvolverse, tanto mejor fuera de su país de residencia, alguna fantasía financiera... lucrativa.

Hasta ahí, lo referido por La Publicidad, de Barcelona, y recogido por toda la Prensa española, entra dentro de lo vituperable... normal. Las aventuras son propias de aventureros y los judíos son judíos mientras no prueben lo contrario.

Ni perdería el cariz de criminoso normal que aventuras como la de perjudicar la divisa nacional, ideadas por extraños, encuentren, dentro del país a que se pretende perjudicar, cómplices sin relieve social o habituales descalificados del mundo de Monipodio.

Lo anormal y verdaderamente grave es que se diga, si no es cierto, o que sea cierto lo que se diga, respecto a la complicidad de personas como un alcalde de Barcelona, un consejero de la Generalitat, diputados a Cortes, concejales y un secretario del presidente catalán.

Si el hecho es cierto, ¿a dónde llega, no ya el desmoronamiento moral, sino la mera decencia pública? Será preciso que la desconfianza para los hombres políticos, siempre grande en todas las democracias y extensa e intensísima en España, pase al grado de prevención tan temerosa y vigilante como la que pueden inspirar las serranías más peligrosas.

Y si no es cierto, prueba lo que puede esperarse de la permanente lucha de los partidos, capaces de usar armas semejantes contra las personas, periódicos y grupos de los mismos alineados y colaboradores.

ANUNCIOS POR PALABRAS

DIEZ CENTIMOS PALABRA — MINIMUM, CINCO PALABRAS

CASA DE VIAJEROS recomendada: Manuel Hernández. Baño, cocina esmerada. Corredora Baja, 14, principal. Teléfono 11627.

SACERDOTE proporciona excelente hospedaje a estudiante católico. Escribid: Apartado 8.099.

DOCTOR EN CIENCIAS se ofrece para clases. Individuales, cinco pesetas hora; colectivas (hasta tres discípulos) tres pesetas hora. Razón: CRITERIO.

LECCIONES de un curso completo de derecho, a alumnos

no de aplicación y estímulo, mil pesetas mensuales. Razón: escribiendo a CRITERIO

JOVEN inmejorables referencias, ofrézcase trabajos secretaría, similares. Razón: CRITERIO.



A la misma hora en que se reunían en París el Consejo de la Sociedad de Naciones para tratar del problema

chino-japonés, todas las noticias llegadas del Extremo Oriente acusaban la agravación y complicaciones del conflicto.

La intervención soviética, temida siempre, parece comprobarse y aguzarse.

La actitud japonesa es neta y fundada en realidades difícilmente eludibles de muy diferentes órdenes: los títulos jurídicos deducidos de pactos anteriores, la necesidad de dar expansión a la densidad de población del país isleño y la anarquía china con sus consecuencias de indisciplina y agresión.

Sólo existe una esperanza, harto feble para que se dibuje alguna fórmula de aplazamiento del peligro: la compensación o satisfacción que pudiese proporcionarse al Japón mediante la cual, sin cerrarle las puertas para el porvenir en Manchuria, le facilitarían el íntimo deseo de no llevar muy lejos por el momento su acción.

De un momento a otro recibiremos noticias de los acuerdos de la Sociedad de las Naciones.

Pero puede asegurarse que si el Japón no da por sí mismo la solución, la Sociedad no alcanzará a resolver nada de provecho.

Y no por falta de voluntad ni de conveniencia, porque el conflicto chino-japonés será de los resultados que sea, no es cosa humana adivinarlo; pero puede ser el suceso determinante de que el famoso peligro amarillo, tan anticipadamente temido durante el siglo XIX, se produzca con caracteres extraordinarios capaces de dejar diminuta a la guerra europea y de dar áspere e inesperada solución a tantos problemas suscitados por la revolución universal.

Hernando de LARRAMENDI

Criterio

comenzará inmediatamente un ciclo de conferencias.

La primera se pronunciará en un teatro sobre el tema

El amor, profunda raíz política

por el director de nuestra revista,

don Lu's Hernando de LARRAMENDI.

Continuarán después

los Sres. PRADERA, PALACIOS, Conde de SANTIBÁÑEZ DEL RIO y otros.

Dirijase usted a la dirección de

Criterio Velázquez, 106,

por escrito, si desea que se le reserven butacas, palcos o entradas.

¿Le usted

Criterio

y le interesa?

Pues no se limite usted a leerlo; suscríbase inmediatamente; Administración P. y Margall, 18, Madrid, teléfono 90545, y procure propagarlo. Pero además diga a la dirección, Velázquez 106, Madrid, en breve carta, si desea que le contemos como adherido a nuestra obra.

Comenzamos modestamente, pero acometeremos grandes empresas y necesitamos saber quienes están dispuestos a cooperar con nosotros en ellas y quienes, mujeres y varones, nos acompañan en la orientación que estimamos como la única salvadora.

Hemos recibido hasta el momento 9.000 adhesiones, que ordenaremos, después de un análisis reflexivo.

Damos gracias a cuantos nos envían su testimonio de cooperación, y dentro de muy corto plazo comenzaremos a desenvolver iniciativas al servicio de lo que es común deseo patriótico de todos.

ESCENAS DE CAFE

—¡Hombre, don Jorge, ¿cree usted que 25.000 pesetas es poco para comprar a una comisión?

—Vaya una salida... A ver: un cigarro a Moreyo, para que no nos apeste con este infierno frío de cachimba, y que nos dé su opinión.

—Puesto que me habéis dado tabaco, guardo el pebetero y otorgo mi opinión.

—Vamos a ver lo que dice don Sancelote.

—Lo primero protestar de su ignorancia del francés y del castellano; y en seguida alegrarme de no ser Iglesia ni millonario.

—¡Te creol, don Sabelotodo.

—No; si tener los cuatro cuartos cochinos que tiene usted, de eso, si me alegraría. Naturalmente que después de traducir los pagarés; porque a mí las hojas de álbum poético que usted tiene me servirían para poca cosa. Ahora, en calderilla... Lo menos me bastaban para vivir dos días y llegar en sleeping hasta el Escorial...

—¿Usted que sabe de capital. —Pero ser Iglesia o millonario me llevaría de temores.

—¿Por qué?

—Porque ya dice Platón, muchos siglos antes de que hubiera catolicismo, que el primer paso de la demagogia es pelar los templos.

—¿Y los millonarios?

—Sirvieron a los demagogos Antonio y Octavio para hacer una lista de enemigos del régimen en ocasión que estaban faltos de dinero. ¡Hasta el amigo Cicerón perdió la pelleja y el gato!

—¡Cualquiera está tranquilo sabiendo historial

—No teniendo capital...

RIVADENEYRA (S. A.) — ARTES GRÁFICAS. — MADRID

Folleón de CRITERIO

(2)

te, apoderarse de su primera idea y arrancarle el nombramiento con promesas más dulces que el arroyo de puchero, o amenazándole con un mortero del 42 en cada sien. Pues, no señor. Se le ha de ir a invitar como a la hija del alcalde en el baile del casino de un pueblo; y todavía se ha de resistir, como si en vez de ser la hija del alcalde, fuese la sobrina del cura, y en vez de sacarla a bailar la invitasen a tocar el piano.

MAGDA.—Pero ¿hay probabilidades en esta crisis? MARIN.—¿No ha de haber? En esta y en todas. Si no hay cabeza mejor organizada en el partido, ni quien tenga su fama de integridad. ¿Se le va a poner delante Rascagómez, que, como acto político de mayor trascendencia en su vida, presentó aquella proposición de ley para repoblar un bosque de higuas? ¿Puede llevarle al zapato Gorrilez, que en un mes que fué ministro subvenció doce periódicos que fundaron sólo para eso sus doce hijos?

JUANITO.—Por eso le llaman el padre de los reptiles. MAGDA.—Marín, usted que es tan bueno puede hacer mucho para que le nombren ministro a papá.

MARIN.—¿Qué he de poder! ¡Si yo fuese él! Lo que corre de mí cuenta ya está hecho. Anoche, apenas salió el primer rumor de crisis, me fui al Circolo y a todo el que encontré le solté la especie de que Renquejón hacía ministro a tu padre. Al consejero, que es charlatán y noticiero, le preparé para que no dejase ni a su sombra sin el cuento, y cuando le tuve bien maduro le regalé una breve de sesenta. A Platón, ese que nunca juega, pero que siempre está en la sala del circo, pasando puestas, dando consejos y llevando la cuenta de pérdidas y ganancias, le di dos pesetas y la consigna de hacer ministro a tu padre en todas las conversaciones. Recorri las redacciones de los periódicos, estuve en más de treinta tertulias, me metí en casa de cinco ex-ministros, amigos míos, contándole a cada cual la patraña por el sesgo que más le pudiera convenir, y con el coche de uno de ellos, de Arango, a quien se lo pedí bajo pretexto de la agonia de un imaginado pariente, me planté en casa de Renquejón, que pensaría mal de mí, pero que tuvo que escucharme.

JUANITO y MAGDA.—Gracias, gracias, Marín; ¿cuánto quiere usted a papá!

MARIN.—Hoy hablan de tu padre todos los periódicos.

MAGDA.—¿Si?

JUANITO.—¿A ver? (Buscando; dirá al mismo tiempo que Magda.)

MARIN.—Pero mal, claro. Lo que sucede es que hablan. El Gacetero dice que el nombramiento de tu padre sería un reto a Portugal.

MAGDA.—Pobre papá; ¿por qué?

MARIN.—Porque insinúa que dejasteis sin pagar no sé qué deudas de gratitud cuando venasteis en Figuera.

JUANITO.—¿Y El Farol del Siglo, qué dice?

MARIN.—¡Ah!, ese lo que a todo el mundo; que la designación de tu padre sería el aborto de la libertad.

MAGDA y JUANITO.—¡Qué barbaridad!

MARIN.—No, no creáis; eso en El Farol del Siglo es casi tratarlo con simpatía.

MAGDA.—Pues si encuentra usted que no hay mala opinión, Marín, usted que es tan bueno, ¿qué se le ocurre a usted que puede hacerse para lograr que esta vez sea papá ministro? ¡Nos hace tanta falta!

JUANITO.—Ya lo sabe usted, Marín; esta casa es pura taumaturgia; aquí es milagroso y sobrenatural hasta el cielo de las bocas. Ya ha visto usted a madame Fané.

MAGDA.—Pues, poco más o menos, todos los días lo mismo. Si ahora va usted por el pasillo largo, verá en el recibimiento interior a toda clase de proveedores, que ya no proveen, pero que esperan sentados a que el Señor provea.

MARIN.—Si, conozco la táctica; me la explicó un día Juanito.

JUANITO.—Por lo menos no hacen ruido, o solamente de vez en cuando, como hoy.

MAGDA.—Y este muchacho, que vale para todo, sin ganar una peseta, porque papá no tiene ya influencia en ninguna parte, y aun en las oposiciones que haces, Juanito, siempre resulta que a quien le hacen las oposiciones es a ti.

MARIN.—El que no tiene padrinos no se bautiza, ni siquiera es persona, aunque ande en dos pies y el resto de los mortales vaya en cuatro llevándose el compás con el rabo.

MAGDA.—Y no sólo a Juan perjudica... Enríquín, ya sabe usted, mi novio, pues estoy viendo que me planta el día menos pensado... El me quiere seriamente, porque no es de esos que se tiran a un tranvía para pegar al conductor porque les parece que al pasar han mirado a la novia... no, él es de los estudiosos, muy formal, seguramente muy buen marido, aunque sin inclinación a la poesía lírica ni al amor fatalista.

MARIN.—Cree que es un médico de mucho porvenir, que es muchacho que promete mucho.

MAGDA.—Si; pero es débil de carácter y vive con una tía suya que le deja en enigmas a madame Fané, y esta buena señora se pasa la vida diciéndole que se corte la cabeza cuando como, que yo no tengo un cuarto, que si siquiera tiene mi padre influencia, que es la dote que casan los yernos de los políticos; y que, sin influencia que le proteja, se matará a trabajar y nadie se pondrá en sus manos para curarse.

JUANITO.—Pero ¿es que también se cura por influencias?

MAGDA.—La tía de Enríquín dice que sí, que a pesar de su talento indiscutible, si Parvulet, ese muchacho oculista que está de moda, no se hubiese casado con una hija del director de la "Anunciadora Universal", ni habría hecho carrera, ni habría descubierto el bálsamo anti-presbiteriano.

MARIN.—Pues, mira, me parece que tiene razón la tía de Enríquín.

MAGDA.—¡Naturalmente! Por Dios, Marín, ¿qué hacer?... Convenza usted a papá; piense usted algo. ¿Ne le dió a usted esperanzas Renquejón?

MARIN.—¡Pchs!... Yo creo que me tomó el pelo; ya ves, tratándose de tu padre, esclavo del cumplimiento del deber, incapaz de meterse en lo que no entiende y más escrupuloso que una monja, decirme que acaso pudiera hacer un gran ministro... de Marina... si contemporizaba con algunos excrementos interesados en eso de las construcciones navales...

MAGDA.—Le dijo a usted eso? Pues ¿por qué no hace usted que le escriba papá diciéndole que condescribiendo lo que quiere?

MARIN.—¡Hija mía!, porque no hay poder humano que haga condescender a tu padre.

MAGDA.—¿Y si le obligáramos nosotros?

JUANITO.—¿Cómo?

MARIN.—¿Cómo?

MAGDA.—Pues escribiendo en nombre de papá a Renquejón.

MARIN.—(Rascándose la barba.) Después de todo, tu padre ya debía haberlo escrito ofreciéndose.

MAGDA.—No lo pensamos más. Anda, Juanito, tú que tienes letra pausada. Usted dítele, Marín.

MARIN.—¡Dios nos coja confesados! Pero tienes razón, chiquilla. (Hacen lo que se ha dicho. Dictando.) Excelentísimo señor...

JUANITO.—(Escribiendo; el mismo juego durante el texto de la carta.)... Renquejón...

MARIN.—Mi querido amigo y jefe... La gravedad del momento político, que ha hecho pensar a S. M., con su acierto admirable... en usted como único e indiscutible sostén y... guía de la vida nacional... me aconseja..., juntamente con el grato estímulo... (a ver si pones letra clara) de las más inequívocas disciplina y adhesión a su persona... (subraya)... reiterarme a la disposición... de mi patria y de usted... para servir con mis modestas fuerzas... en la solución... tanto de los problemas de las construcciones navales... (bien subrayado lo de las construcciones navales)... objeto de la especial atención pública... (tan-

bien subrayado)... como de cualesquiera otros en que mi... concurso... pudiera... ser... útil. Queda de usted..., etc.

JUANITO.—Me malicio que la adhesión mejor subrayada va a ser la del bastón de papá en mis costillas...

MAGDA.—Ya se le hará entrar en razón; no ves, Juanito, que papá ministro es la salvación de todos...

MARIN.—No os alarméis. Ya está todo resuelto; tu padre, si no me equivoco y le convengo, será ministro. A la hora de condescender con las construcciones navales, mírate; pero que con la bandera de la moralidad, tiene categoría de ex ministro...

MAGDA.—Enríquín se casa conmigo.

JUANITO.—Y los proveedores del recibimiento interior desalojan la ortaleza y cobran... o se proveen de legítimas esperanzas sobre la base de la cesantía.

MARIN.—Ahora hay que hacer llegar a Renquejón esa carta inmediatamente.

JUANITO.—A la mano sería lo mejor, pero ni usted ni yo podemos llevarla, porque superfluirían comentarios y acabaría papá por enterarse.

MAGDA.—Venga, venga; Renquejón vive al lado de las Benitas; yo salgo por la escalera interior como si fuera a la azotea y, en seguida, embriagadita, camino de misa, ya la entregará con encarecimientos de urgencia.

MARIN.—Cree que atinas y que será ese el correo más seguro y más rápido... Ahora vámonos, que viene tu padre y me faltan fuerzas por el momento para resistir su presencia todavía en plena ejecución del delito. (Vase segunda lateral izquierda.)

ESCENA QUINTA

(Sale MANUEL primera lateral izquierda, al tiempo que aparecen por el centro ENRIQUE y la CRIADA, que marcha inmediatamente después de haber echado una rápida mirada escrutadora.)

ENRIQUE.—(Temperamento frío, pero cortado; un poco en Babia.) ¿Tengo el honor de hablar con el señor Arbolledo?

DON MANUEL.—Servidor de usted; ¿qué desea?

ENRIQUE.—Caballero, usted ha de perdonar la impertinencia que le presento... Si, sabido es que nosotros somos siempre obligados, obligados impertinentes... La actualidad, con las viraguinas... la curiosidad pública...; si, eso, vamos, en fin... (disparado.) ¿Usted va a ser ministro?

DON MANUEL.—(Malhumorado por la salida.) ¿Yo, yo ministro?... Pero ¿usted quién es? ¿Es usted hijo de madame Fané?

ENRIQUE.—¿Madame qué?... No me he debido expresar bien; tenga usted en cuenta la turbación, mi temor, mi seguridad de ser impertinente...

DON MANUEL.—¿Es usted algún amigo de Marín, eh?

ENRIQUE.—(Serendinoso y decididamente.) No, señor Arbolledo; yo soy periodista, informador político, eso es. Yo no vengo a molestar a usted por voluntad propia, no señor; yo vengo mandado, obligado...; quiero decir que el deber profesional me impone, como necesario por su actualidad, visitar a usted, cuyo nombre corre públicamente designado como probable ministro de Marina.

DON MANUEL.—(Recibiendo como un tiro semejante cartera.) ¿Ministro de Marina?... Pero..., pero ¿lo que me va a suceder a mí es que voy a salir cantando las costas de Levante sin sospecharlo?... No, señor mío, no estoy designado, ni aceptaré un cargo para el que no tengo la menor competencia. Dígame usted así en su periódico, porque estoy ya harto de política y de comedia. Yo he pretendido hacer política honrada, competente, y no he conseguido, ni conseguiré, más que anularme.

ENRIQUE.—(Anonado por el efecto producido y por la noticia.) ¿De modo que nunca será usted ministro?... ¿Que no tiene usted fuerza política ni influencia ninguna?... (Vase)

DON MANUEL.—(Exaltado.) ¿Pero no lo está usted viendo en mi cara? ¿Tengo yo aspecto de calzarme las babuchas a ningún mandarín con la coleta hecha tupé, como Renquejón? ¿Cree usted que soy tan bestia como Rasc